

SEPARATA DEL LIBRO "POLENTA" de Mauricio Belmonte Pijoán



Nello Tamarri, al centro, apoyado en su bólido de acero. Archivo: Leonello Tamarri, 2006.



Leonello y Nelli en Los Yungas. Archivo: Leonello Tamarri, 2006.



El pequeño Nello en Vercelli.



El joven piomontés porta la bandera italiana durante un desfile de la colectividad en Cochabamba. Archivo: Leonello Tamarri, 2006.

EL INTRÉPIDO NELLO TAMARRI

Después de estacionar con destreza el viejo pero conservado todo-terreno japonés, Nello ingresa a paso acelerado a las instalaciones del Circulo Italiano de La Paz. Tiene una cita y no es amigo cercano de la impuntualidad, al menos huye de su presencia constantemente. Ya en el lugar, luego de haber echado un vistazo fugaz a la sala de reuniones y saludar con la afabilidad de siempre a la secretaria, el piomontés de figura larga y delgada ajusta los espejuelos que se deslizan caprichosos sobre su gran nariz acomodándolos de manera que puedan enfocar con precisión cada uno de los objetos que lo rodean. Los minutos que anteceden a la entrevista son dedicados a la rememoración de hombres y eventos que desfilaron por el lugar. Nello hace un esfuerzo por tratar de recordar nombres y apellidos de viejos inmigrantes que solían frecuentar asiduamente la casona de la avenida 6 de agosto. Más allá de sus setenta y un años y de haber vivido a pleno cada instante de su existencia, la memoria no lo traiciona y lo pone a resguardo cuando comienza la recapitulación de su vida.

—Todo comienza con la llegada de mi padre a Bolivia en 1948— empieza relatando mientras busca la mejor postura para apoyar la espalda sobre el sillón— él vino hasta acá después de haber permanecido temporalmente en el Perú. Allí trabajó como transportista de carga pesada con otros italianos —según lo que recuerdo eran diez— pero surgieron imprevistos y, en el acto, todos ellos coincidieron en buscar una mejor opción laboral tomando la decisión consensuada de trasladarse a la Argentina. A su paso por Bolivia, mi padre, Luigi Tamarri Zampa, consigue de manera fortuita un contrato con la empresa nacional de Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos y suspende de inmediato el viaje hacia el sur. Más tranquilo y con la certeza de poseer un trabajo seguro, envía a

mi madre dinero suficiente para que aliste nuestras valijas y compre los pasajes para poder trasportarnos por barco hasta Sudamérica.

Leonello, o Nello, como le gusta que lo llamen, llega a Bolivia en marzo de 1949, acompañado de su madre Lidia y su hermana Diana. Siendo un adolescente todavía –contaba por ese entonces con catorce años– y con una nostalgia leve por la infancia abandonada en su natal Vercelli, el muchacho deberá trasladarse con su familia hasta Sucre, ciudad donde su padre tenía contratos laborales que cumplir. Con el segundo año de secundaria vencido en Italia, Nello ingresa al colegio Sagrado Corazón de la capital boliviana. La estadía en la urbe chuquisaqueña será corta, no más de un año y medio, ya que Luigi consigue un nuevo contrato, esta vez en Cochabamba, y juntando por segunda ocasión pertenencias y optimismo, los Tamarri parten hacia los valles centrales del país. De esta forma el joven italiano tendrá la oportunidad de culminar sus estudios escolares en las aulas de Instituto Americano. Ansioso por seguir descubriendo los talentos y aptitudes que su mente guardaba, busca por todos los medios inscribirse a la carrera de ingeniería, pero, por ese entonces, la universidad no tenía aún habilitada esta cátedra, por lo tanto, Nello asiste por seis meses a la facultad de agronomía tratando de ganar tiempo hasta que sea finalmente incorporada la carrera que deseaba estudiar. Los seis meses transcurren serenos y sin motivaciones dentro de las aulas de la universidad, y no es hasta que Luigi le sugiere a su hijo optar por otros caminos para hacerse con un título profesional. Nello escucha los consejos de su padre sin contradecirle y juntos parten con destino a La Paz. Con veinte años encima y una ansiedad incontrolable por iniciar su propio camino, el hijo de Tamarri obtiene un espacio dentro de las concurridas aulas de la Universidad Mayor de San Andrés, por fin tenía lo que quería y sólo de él dependía salir bien librado en esos complejos escenarios de números y cálculos. Pero definitivamente el destino le tenía abiertos otros senderos donde las ramas elásticas de la ingeniería no hallarían extensión alguna.

Papaya y cerveza

Un año y medio dentro de los salones universitarios no fue tiempo suficiente para colmar las expectativas e inquietudes que Nello había almacenado desde temprana edad. En otros días, cada vez más lejanos y ausentes del pensamiento afiebrado del piemontés, ejercer como ingeniero hubiera significado la consecución de un anhelo largamente acariciado. Sin embargo, el joven Tamarri decidió darles un giro violento a las manivelas que conducían su existencia para dirigirse hacia otros horizontes totalmente distintos a los que él imaginaba para su vida.

–No es hasta que me entra la ansiedad por conseguir mis propios recursos. Ahora yo deseaba trabajar y este deseo se cumplió cuando trabé amistad con vendedores y comerciantes de toda clase de productos. El Estado, por medio de las autoridades pertinentes, extendía un cupo para cualquier cosa, desde bolsas de arroz, costales de harina, llantas hasta la adquisición de vehículos, en fin, una variedad inacabable de mercadería. Entonces, lo que yo hacía era vender mi cupo a un precio más bajo a estos mis amigos comerciantes, ellos me daban un porcentaje sobre la venta de los productos haciendo que las ganancias resultasen cómodas– recuerda con algo de picardía en la mirada el italiano de cabellos nevados. Por la misma época Nello conoce a Nelly Galarza, joven boliviana y desde ya dueña absoluta de su corazón. La pareja se casa en la Sede de Gobierno y juntos crían a sus dos hijas: Nelly y Rossana. La dicha fue grande como grande también fueron las responsabilidades contraídas por el nuevo hogar. Con dos bocas más por alimentar, y no siendo más amigo de los comerciantes, Nello sale decidido a la calle buscando la manera adecuada de ganarse el pan diario. Ciertamente es que no deberá buscar demasiado, la sede diplomática de Italia de La Paz requiere con premura un secretario particular para su embajador y quién mejor que Tamarri para desempeñar tal función. Luego de sostener entrevistas con el agente comercial y el propio jefe de misión, Nello queda contratado por un periodo de tres años. Todo anduvo bien y podría haber seguido de esa forma si es que no hubieran surgido las discusiones airadas y roces permanentes entre el secretario particular del embajador y un funcionario italiano. Al final, y después de sostener una reunión privada con el embajador, el secretario particular acepta sin protestas la solución final puesta al conflicto: al término de su contrato –le quedaban dos meses clavados en el calendario– deberá marcharse sin opción a reintegrarse en la embajada.

Nello, desempleado nuevamente pero sintiendo que su orgullo permanecía intacto, retoma la búsqueda de empleo. La situación era difícil y las oportunidades eran contadas y escasas. Antes de coger desesperación y desaliento, Nello escucha las sugerencias de un amigo que deseaba explotar al máximo las habilidades técnicas del italiano con el dibujo y el diseño. El hombre de Vercelli no acaba de entender lo que su buen amigo deseaba con el manejo del lápiz y el diseño de planos. Al rato, luego de una explicación clara y sencilla, los dos acuerdan levantar un taller donde se especializarían en la fabricación de herrería artística. La idea no fue concebida con mucho entusiasmo, al menos no con el debido, y su duración fue limitada, tan sólo tres años. Sin trabajo y con la familia dependiendo de su bolsillo, los días no se pintarían halagüeños sino se llevaba alimento al hogar, Nello hace uso de sus conocimientos en mecánica, habilidad que fluía desde la vena paterna, y pronto monta un taller el cual serviría también para la compra y venta de vehículos, además utilizaba la noche como compañera de trabajo mientras recorría las calles silenciosas de la ciudad a bordo de su taxi buscando pasajeros nocturnos. Con estas dos actividades, llevadas adelante de forma paralela, las ganancias se incrementaron favoreciendo el mantenimiento del hogar y los buenos ánimos de sus miembros. Sin embargo, el negocio máspreciado y el que mayores beneficios acarreo a Nello fue el transporte de gaseosas a la zona de los Yungas.

—Comencé utilizando un camión destartado, lo recuerdo bien, era un Chevrolet de seis toneladas y averías constantes. Todo el tiempo me estaba jugando la vida mientras conducía ese carro por semejante camino. Iba y venía transportando en la carrocería Coca Cola, Papaya Salvietti y cerveza.

Nello debía controlar el volante con firmeza, la ruta angosta y desnivelada por las huellas constantes de los vehículos pesados que transitaban por el sitio no daba lugar a ninguna distracción y, para colmo de males, sus oídos tenían que tolerar el cacareo incesante de las cientos de botellas de vidrio que se encontraban alineadas detrás de él. Así, con el Jesús en la boca todo el tiempo, el piemontés se internaba por esos accidentados parajes montañosos del norte paceño.

Si no me pasó nada es porque Dios es grande. Claro, todo sacrificio tiene su premio. El mío fue el de incrementar considerablemente el dinero que percibía por el transporte de gaseosas, a tal punto que obtuve mi propia flota de camioncitos Toyota. Con ellos me transformé en el mayor comerciante de la zona sur de Yungas por largas temporadas.

Satisfecho y con el bolsillo conforme, el hijo de Luigi se podía permitir ventajas y gustos que en anteriores circunstancias no los hubiera ni imaginado. Por su lado, los pobladores yungueños le guardaban aprecio y lo recompensaban con toda clase de presentes cuando éste arribaba con su carga. Nello se empezó a identificar con esta región subtropical boliviana a tal grado que logró inscribir su nombre como corredor de autos representando a la zona en un campeonato interprovincial. Fui el primer competidor que corrió por Yungas y en esa misma región.

—Mi primer auto fue un Toyota 68 y en mi casco se podía leer los caracteres de Yungas e Italia. Así, envalentonado y listo para competir, gané las dos primeras etapas sin complicaciones y en la tercera el barranco engulló mi carro, dejando angustiado a todo el mundo. Tuve suerte, lo reconozco, me fracturé la pierna y tuve lesiones en el abdomen— recuerda excitado Tamarri.

Leonello tuvo una recuperación lenta pero favorable. En su espíritu impetuoso amainaron las empresas arriesgadas y estrambóticas. Los siguientes años los dedicó al comercio y, antes de retirarse de esta actividad, compró un par de colectivos con la intención de volver a prestar servicios en el transporte público.

Leonello Tamarri, ex presidente del Circulo Italiano de La Paz, cierra la entrevista con un suave adiós, se levanta del sillón y antes de abrir la puerta de su jeep escudriña desde la vereda de enfrente una vez más la casa de los italianos.